

## **LA IMAGEN EN LAS RELACIONES DE PODER ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII**

### **IMAGES OF POWER RELATIONS BETWEEN ENGLAND AND SPAIN IN THE 16TH AND 17TH CENTURIES**

Ricardo Marín Ruiz  
Universidad de Castilla La Mancha, España  
Ricardo.Marin@uclm.es

#### ***Resumen:***

En este capítulo se perfilan las principales directrices que guiaron el discurso imagológico desarrollado en torno a España en Inglaterra durante los siglos XVI y XVII, época en la que, a raíz de las elevadas cotas de poder alcanzadas por estas dos naciones, comienzan a desarrollarse y consolidarse toda una serie de tópicos y estereotipos concernientes a España, algunos de los cuales permanecerán en el imaginario colectivo europeo hasta nuestro días. La visión inglesa de España constituye un claro ejemplo de cómo las imágenes son a menudo fruto de relaciones de poder y de cómo la representación distorsionada de una nación o una cultura determinadas no es siempre resultado de las imágenes proyectadas desde el exterior (heteroimágenes), sino de aquellas otras creadas desde el interior (autoimágenes).

***Palabras clave:*** imagen, España, Inglaterra, poder.

#### ***Abstract:***

*This paper describes the main lines of the imagological discourse around Spain developed in England comprised between the 16th and 17th centuries, a period when both nations reached an important level of power. It was then that a series of topics and stereotypes concerning Spain emerge*

*and would linger in the European collective imaginary up until today. The English representation of Spain is a clear example of how images are often engendered by power relations and how misrepresentations are not always the result of hetero-images, but also of self-images emerged from within.*

**Keywords:** *image, Spain, England, power.*

Recibido: 22/04/2015

Aceptado: 27/10/ 2015

## 1. **Introducción**

El comienzo de la Edad Moderna supuso el establecimiento de las primeras relaciones exteriores entre los emergentes estados nacionales. Durante el Medievo, los vínculos diplomáticos habían sido prácticamente inconcebibles, pues, como bien ha señalado Strayer (1981: 40-41) “la fragmentación de Europa y la debilidad de sus unidades políticas impedían cualquier actividad continuada o a largo plazo, orientada a los asuntos exteriores”. El período moderno trajo consigo otra transformación política, en este caso gestada durante la Baja Edad Media, que ocupa un lugar de significativa relevancia al estudiar la formación de la imagen de España fuera de sus fronteras: el establecimiento y la consolidación de las monarquías absolutas. El soberano ocupaba la cúspide de estos sistemas políticos arguyendo que su poder se encontraba legitimado por Dios. Desde su posición, el monarca adoptaba decisiones relacionadas con la consolidación de los territorios conquistados, la fijación de las fronteras o las reformas administrativas, estas últimas orientadas, generalmente, a imprimir una mayor eficacia a las acciones del gobierno. Todo este conjunto de disposiciones reales, junto con un proceso de concentración del poder que

se alimentaba, en parte, de la paulatina desintegración de las estructuras feudales –al menos en la Europa occidental– y el uso de la religión como mecanismo de cohesión social y de lealtad a la Corona, fomentaron entre la comunidad un sentimiento de pertenencia al nuevo estado, un cierto “carácter nacional”, por más que algunos autores, como Rafael Núñez Florencio (2001: 32), consideran esta noción demasiado prematura en el contexto de la Edad Moderna, ubicando su nacimiento al abrigo de los nacionalismos decimonónicos. La formación de las identidades nacionales a partir del siglo XVI tuvo lugar sobre el fondo de un panorama de continuas guerras internacionales, en las que no se dudaba en esgrimir como principales motivos las diferencias religiosas. En realidad, tras la animadversión religiosa que existía entre los estados europeos, se encontraba el interés de sus respectivos soberanos por imponer su hegemonía en el Viejo Continente. De este modo, la dinámica que siguió la política europea durante el período moderno consistió, básicamente, en la lucha entre un estado hegemónico y aquellos otros que se convierten en sus áreas de expansión. La nación que ejercía su hegemonía en cada momento –España en el siglo XVI, Francia en el XVII e Inglaterra durante el XVIII– era combatida no sólo en el campo de batalla, sino también a través de campañas propagandísticas a gran escala; los panfletos, las crónicas o los libros de viajes eran los soportes idóneos desde los que desprestigiar la imagen de un país de cara a la comunidad internacional.

## ***2. La gestación de la hispanofobia en la heteroimagen inglesa y la autoimagen española***

España fue objeto de este tipo de ataques especialmente durante los siglos XVI y XVII, período en el que, como consecuencia del considerable poder que el país alcanzó con Carlos V y Felipe II, comenzó a despertar en

Europa numerosos recelos y temores. A modo de mecanismo de defensa contra la desconfianza y la alarma suscitadas en el Viejo Continente por la política expansionista de los soberanos españoles, aparecieron una serie de escritos en los que se denunciaba, entre otros asuntos, los abusos cometidos en las colonias o el fanatismo y la crueldad de la Inquisición, sentando así las bases para la gestación de la denominada “Leyenda Negra”. Sorprendentemente, las acusaciones contra la política de los Austrias no siempre procedieron del exterior, sino que también tuvieron su origen en España. De este modo, historiadores como Ricardo García Cárcel (1998: 34) han considerado que la Leyenda Negra no sólo tuvo su origen en ciertas obras escritas en el extranjero –*The Book of Martyrs* (*El libro de los mártires*, 1522), de John Foxe, y *Apologie ou Défense du très illustre Prince Guillaume* (*Apología o defensa del muy ilustre Príncipe Guillermo*, 1580), de Guillermo de Orange–, sino también en algunos tratados españoles, como la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1578), de Fray Bartolomé de Las Casas, y las *Relaciones* (1594), de Antonio Pérez. John Foxe, exiliado inglés en Holanda, arremete duramente contra el Santo Oficio, mostrándose más atento a los abusos cometidos por esta institución que a la morbosidad de sus castigos. Foxe también resalta cómo, a diferencia de lo que sucedía con los perseguidos religiosos en su país, los españoles nada podían hacer para defenderse de la Inquisición. La repercusión del libro de Foxe fue tal, que llegó a ser editado hasta 1954, teniendo tres ediciones en el siglo XVI, cuatro en el XVII, dos en el XVIII y cuatro durante la siguiente centuria. Por su parte, Guillermo de Orange, líder de la revuelta de los Países Bajos, dirigió toda una serie de proclamas y libelos contra Felipe II, entre los que destaca su *Apologie*. En ella, Orange evita, curiosamente, lanzar ataques políticos directos contra el monarca para orientar sus invectivas contra algunos de sus ministros y asesores –el duque de Alba o Juan de Austria–, contra los abusos de sus soldados y mercenarios y, en

definitiva, contra el conjunto de los españoles, a quienes considera ávidos de conquista y provistos de una especial inclinación por la traición. Tanto la Iglesia como la Corona hispanas, principales objetivos de las críticas vertidas desde el exterior, albergaron entre sus filas algunas voces disidentes que, como ya se ha dicho, contribuyeron a consolidar y difundir la Leyenda Negra, como son los casos de Fray Bartolomé de Las Casas, quien denunciaría las matanzas masivas de indígenas en América, y de Antonio Pérez, ex secretario de Felipe II, al que acusa, entre otras cosas, de ser un tirano y de matar a aquellos que le incomodaban –como su hijo D. Carlos–. La Inquisición tampoco quedaría libre de los ataques de Pérez, al denunciar su excesiva injerencia en los asuntos de Estado:

Que no es nueva en España competencia de jurisdicción con la Inquisición, que en medio de Castilla se ve cada día, así con ella como en materia de letras apostólicas (...), pretendiendo el juicio temporal de aquel reino, que en cuanto que es perjudicado el gobierno político y alterado de sus antiguas costumbres y ordenanzas, puede y debe diferir la obediencia y aun oponerse a la ejecución (Pérez 1981: 219).

Estos escritores fueron los continuadores de una corriente autocrítica inaugurada por los primeros erasmistas españoles, como Luis Vives, quien denunciaba la incultura propia de los españoles, o Huarte de San Juan, que dudaba de la aptitud de aquellos para aprender la lengua italiana. La historiografía también adoptó una actitud crítica frente a algunos aspectos de la vida en nuestro país, en particular aquellos relacionados con el gobierno. Historiadores como Zurita o Pedro Valdés denunciaron, por ejemplo, los abusos cometidos por las tropas españolas en Italia. Igualmente, no faltarían los comentarios dirigidos contra la política de los

Austrias, ya criticada por Alonso de Castrillo al rechazar, tras la crisis de las Germanías y las Comunidades, el modelo imperial establecido por Carlos V. Asimismo, este monarca vería finalizar su reinado en 1556 con la publicación de las obras de Furio Ceriol, Fox Morcillo y Felipe de la Torre, quienes cuestionaban el modelo político carolino. El reinado de Felipe II tampoco estuvo exento de duras críticas, relativas muchas de ellas a aspectos inherentes al sistema monárquico –así sucede con las vertidas por Fray Luis de León en *Los nombres de Cristo* (1583)– y a acontecimientos como la guerra de Flandes o la anexión de Portugal, denunciada esta última por el padre Rivadeneyra, al considerar la guerra contra el país vecino como un gran mal, pues suponía combatir contra un estado donde la religión se mantenía en toda su pureza. Pero, sin duda, dos de las plumas más incisivas con el reinado de Felipe II fueron la de Ibáñez de Santa Cruz, que tachó al monarca de mal gobernante y pusilánime, y la del padre Mariana (*Historia de España*, 1592). Los continuos descalabros militares y la crisis económica sufridos a lo largo del siglo XVII motivaron que, de la mano de los arbitristas, existiera una mayor conciencia crítica; de este modo, tratadistas como Martín de Cellorigo, Damián de Olivares, Pedro de Valencia, Rojas de Villalpando o Sancho de Moncada, entre otros, atribuyeron la decadencia hispana, en líneas generales, al excesivo gasto público –lastrado por una costosa política exterior– y a la sobreabundancia de parásitos que se habían instalado en torno a la Corona. En contra de lo que en un principio se pueda pensar, los escritos de los arbitristas no se limitaban a denunciar las principales lacras del país, sino que, por el contrario, aportaban soluciones para poder superarlas; de este modo, con el fin de terminar con la delicada situación económica, muchos de ellos demandaban medidas para estimular el crecimiento de la población y una política económica de protección de la agricultura y de la industria

autóctonas, que suscitaron tanto las actitudes xenófobas como la obsesión por “el problema de España”.

Por lo expuesto hasta ahora, puede concluirse que la gestación de la Leyenda Negra fue, en parte, el resultado de un proceso de autocrítica dirigido contra los desmanes y abusos de algunas instituciones –la Corona y la Inquisición principalmente–, y también en contra de determinados aspectos de la idiosincrasia del pueblo como, por ejemplo, la falta de cultura. Ahora bien, más que las voces disidentes del siglo XVI o los arbitristas del XVII, fueron las naciones rivales de España las que desempeñaron un papel decisivo en la aparición de la Leyenda Negra. Las imágenes que de nuestro país se forjaron en el extranjero respondían principalmente a la intervención de variables como la proximidad geográfica o al estado de las relaciones diplomáticas, sin olvidar otros factores que operaban a un nivel más particular, como eran el interés personal o el nivel cultural. Atendiendo a la vecindad de Francia y a la cercanía de Inglaterra, así como a los turbios vínculos diplomáticos que mantienen en esta época con España, no es de extrañar que fueran estas dos naciones el lugar de partida de buena parte de las imágenes que de nuestro país se difundieron en el resto de Europa, cuyas connotaciones solían ser más negativas que positivas. A menudo, muchas de estas representaciones tenían su origen en tratados y en libelos de corte propagandístico, siendo poco comunes aquellos testimonios que brotaban de un conocimiento directo de la realidad española.

La visión de España que se propagó por Inglaterra a lo largo del siglo XVI fue la de una nación que era sede de la violencia, del sangriento imperialismo puesto en práctica tanto en el Viejo Continente como en las colonias, y de la intolerancia y del fanatismo religiosos. La pugna por conseguir el dominio sobre el succulento mercado americano,

por ostentar la hegemonía europea, sin olvidar las diferencias religiosas y el temor y los recelos frente al Imperio hispano, que había lanzado su Armada Invencible contra las costas británicas en 1588, convertían España en objeto de un buen número de acusaciones. Muchas de ellas iban dirigidas contra la Inquisición y contra los desmanes cometidos durante la conquista de América, pero fueron, sobre todo, la política española en los Países Bajos y el proyecto de la Armada Invencible los temas que más rechazo suscitaron entre los panfletistas británicos. Los abusos protagonizados por las tropas españolas en los Países Bajos, entre los que tristemente destacaría el saqueo de Amberes de 1576, desataron duras críticas provenientes de libelistas como George Gascoigne y Thomas Deloney, quienes centraron sus ataques en la figura del duque de Alba, y de historiadores como Camden y Baker. El fracaso de la Armada Invencible en su intento de conquistar Inglaterra abrió un amplio abanico de comentarios descalificadores, que iban desde el desprecio al monarca español, como son los casos de Thomas Nashe y John Lyly, quienes vieron en el proyecto de invadir Inglaterra una evidente muestra de la ambición y la codicia de Felipe II, hasta la consideración del carácter español como sinónimo de incompetencia y fragilidad.

La literatura se convirtió en un elemento fundamental de propagación de las invectivas que desde Inglaterra se lanzaban contra España. Al margen de los panfletos propagandísticos que denigraban la imagen de los españoles y que proliferaron a lo largo de los siglos XVI y XVII en las Islas, las traducciones de obras españolas y el teatro contribuyeron a la exaltación del sentimiento antiespañolista. Resulta sorprendente que obras como *El Quijote* (1ª parte), *La Celestina*, *El Lazarillo* o el *Guzmán de Alfarache* fueran traducidas al inglés, en tanto que algunas de estas traducciones se realizaron en momentos en los que las relaciones entre ambos países no pasaban por sus mejores

momento; el ejemplo más claro es el del *Lazarillo*, cuyas traducciones datan de 1586 –preparativos de la Armada– , 1596 –el saqueo de Cádiz– y 1624 –fracaso de las relaciones matrimoniales entre el príncipe de Gales y la infanta María. Sorprendentes también resultan las traducciones de obras de religión y devoción españolas, de arte militar y de la conquista de América, y más aún si cabe el hecho de que autores como Antonio de Guevara se convirtieran casi en best-sellers. Ahora bien, traducir no siempre significaba alabar, y es que, en aquel tiempo, los traductores no estaban obligados a respetar el original, de modo que podían modificarlo a su antojo y convertirlo en un medio para alimentar los prejuicios y estereotipos –especialmente aquellos que tenían que ver con la religión– sobre los que se sustentaba la hispanofobia en Inglaterra.

Por su parte, el teatro constituyó el caldo de cultivo de muchos de los estereotipos creados en torno a los españoles. De hecho, uno de los personajes más frecuentes en el teatro inglés de la época era el de Lazarillo, que ayudó a extender la noción de que los españoles pasaban hambre, de que maltrataban a sus criados y de que tenían ínfulas extremas en cuanto a su concepto del honor. La figura de Lazarillo aparecería en obras como las escritas por Francis Beaumont y John Fletcher en la primera mitad del siglo XVII: *The Woman Hater*, *Love's Cure* (1605) y *Love's Pilgrimage* (impresa en 1647). Al margen de la presencia del Lazarillo, es interesante también observar la presencia de vocablos españoles en los diálogos, de manera que podemos afirmar que el español había calado en la conciencia colectiva inglesa tanto en presencia humana como en lo relativo a la lengua. Un ejemplo de esta circunstancia lo encontramos en *The Alchemist* (1612) de Ben Jonson, obra en la que, además de demostrar su buen conocimiento del español, alude a algunos rasgos prototípicos de los españoles, como su extrema flaqueza –“Slud, he is too fat to be a Spaniard (Jonson

2001)”– y a la exagerada golilla que llevaban –“He looks in that deep ruff like a head in a platter (Jonson 2001)”. Pero fue la hispanofobia el rasgo más diferenciador de las piezas teatrales del momento que, de un modo u otro, incluían referencias a España; obras como *Game of Chess* (1624) de Thomas Middleton o *The New Inn* (1631) de Jonson contribuyeron a forjar este sentimiento que fijaría por muchos años en la mente de los ingleses una serie de preconcepciones concernientes a los españoles, como su arrogancia, el orgullo, la venganza, la doblez y la traición. Todas estos rasgos se personificarían en figuras como la del tenebroso inquisidor, el conquistador ávido de sangre y destrucción o la del clérigo impío, o la del llamado “dago”, personaje que encarnaba los aspectos más deplorables de la sociedad española y que se caracterizaba por su falta de escrúpulos, vengativo, cruel, servil con los que son más fuertes que él y despiadado con los más débiles. De un antiespañolismo especialmente virulento y contundente serían aquellas obras compuestas y/o estrenadas en momentos de especial tensión entre ambos países como sucedió, por ejemplo, a raíz del fallido “Gunpowder Plot”, complot católico que trataba de volar el Parlamento británico. De esta fecha es precisamente la obra *Sir Thomas Wyatt*, en la que Dekker da rienda suelta al peor tipo de xenofobia, exhibiendo un catálogo de estereotipos y personajes caricaturescos que contaría con un notable éxito en la Inglaterra de comienzos del s. XVII, lo que da una cierta idea de la hispanofobia reinante en aquel momento. Esta actitud hacia todo aquello que representara a España tenía, en parte, su origen en el miedo ancestral que el pueblo inglés tenía de perder su libertad (Dadson 2004: 165), y así lo pone de relieve la obra de Dekker: “You free your country from base Spanish thrall, from ignominious slaverie, Who can /Disgest a Spaniard, that’s a trae Englishman? (Dekker 1953: 19)”.

Por sorprendente que parezca, la rivalidad política y militar entre España e Inglaterra y los fervientes sentimientos xenófobos que ésta despertaba no impidieron –eso sí, en ocasiones puntuales– la aparición de retratos más favorables del español. Aunque en algunas obras teatrales, como la ya mencionada *The Alchemist* de Ben Jonson, encontramos algún ejemplo de este cambio de perspectiva, es en los relatos de los viajeros ingleses que recorrieron la Península donde hallamos el mayor número de testimonios a favor de los españoles. Y es que los viajeros, por lo general, dejaban a un lado, aunque sólo fuera por unas semanas, los prejuicios adquiridos antes de partir para España y que eran especialmente intensos, sobre todo si tenemos en cuenta que, a diferencia de lo que sucede hoy, en aquella época era muy difícil obtener una imagen del otro que no fuera la oficial.

La visión que estos viajeros proyectaron de España no diferiría en mucho a la que ofrecería el viajero del siglo XIX: la de un país desconocido, exótico, romántico, separado del resto de Europa por la barrera física y psicológica que representaban los Pirineos. Todos veían en España, no sin una cierta condescendencia, una nación que ocultaba tras su apariencia de esplendor y grandeza un fondo de miseria, de ciudades en las que las clases populares vivían hacinadas y de hidalgos orgullosos que se negaban a trabajar. La holgazanería del español es uno de los motivos recurrentes en los relatos de viaje. Curiosamente, los comentarios concernientes a la antipatía del español por el trabajo no se extendían a la española; así, cuando Sir Richard Wynn y otros miembros del séquito que acompañaban al príncipe Carlos en Santander en 1623, se quedaron atónitos cuando observaron que eran las mujeres las que hacían las labores de mozos de cuerda y cargaban sus bultos. Francis Willughby, que estuvo en España en 1664, vio en la pereza una de las principales causas de la despoblación que sufrían ciertas zonas del país, mientras que William Bromley, de visita a

Madrid en 1693, opinaba que los madrileños eran afortunados de que la capital estuviera de tierra fértil, “pues su holgazanería y orgullo son tales que se morirían de hambre en cualquier otro sitio”. (Beller y Leersen 2007: 246).

Esta clase de comentarios no podían ocultar por lo general la admiración y el asombro que provocaba el paisaje, con sus contrastes climáticos y geográficos, así como los monumentos y las obras de teatro. El carácter de los españoles también era motivo de alabanza por parte de viajeros como, por ejemplo, Lord Roos: “Yo considero al español de un natural sincero y un verdadero amigo una vez que se entrega, (...) y no hay nadie, sin duda, tan inocente y tan manso como él (García Cárcel 1998: 45)”, aunque no opinaba lo mismo de los oficiales y funcionarios que, en su calidad de viajero, había tenido la desgracia de conocer: “pero basta que se trate de un consumidor, de un recaudador de contribuciones o de un guardia municipal y, en una palabra, de alguien que tenga un cargo, para que sea un verdadero bribón”. Algunos incluso creían ver las buenas cualidades de los españoles en la persona del conde de Gondomar, embajador en Londres; Francis Bacon diría al respecto: “Yo, que soy hombre de libros, he observado que su Excelencia tiene la magnanimidad de su propia nación... (Núñez Florencio 2001: 56)”.

Podemos afirmar que esta magnanimidad se extendía a la actitud española ante la derrota de la Armada Invencible. Mientras que en Inglaterra aparecieron panfletos y libros celebrando la victoria y atacando a los españoles, en España no hubo rastro en la literatura de la época de resentimiento contra los ingleses a causa de la derrota. Los poemas que alaban la expedición ensalzan la labor de los capitanes españoles, pero no entran en la descalificación que caracteriza a la literatura inglesa sobre el tema. Tampoco existen en el teatro español de la época personajes ingleses

que sean tratados con el desprecio, la risa o la parodia. Esta tolerancia para con los ingleses llega al extremo de la novela ejemplar de Cervantes, *La española inglesa*, en la que el autor representa a la reina Isabel como una monarca justa, sabia, prudente, compasiva e ilustrada, que incluso sabe hablar español.

Por otra parte, la anglofobia española fue, durante los siglos XVI y XVII, equiparable a la hispanofobia inglesa. En su *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra* (1596), el padre Rivadeneyra definía a este país como una “cueva de bestias fieras, refugio de traidores, puesto de corsarios, espelunca de ladrones, madriguera de serpientes, madre de impiedad... (Gómez Centurión 1998: 65)”. No obstante, a raíz del fracaso de la Armada Invencible, este mismo autor, en su obra *Tratado de la tribulación* (1589), atribuyó tal fiasco no sólo a las adversas condiciones meteorológicas a las que tuvieron que hacer frente los navíos españoles, sino también a los graves pecados cometidos por los estamentos más altos de la sociedad hispana, como eran la lujuria y la deshonestidad. El estallido de la guerra inglesa de 1640 motivó que los comentarios críticos contra Inglaterra pasaran del desprecio a una abierta hostilidad, dirigida, principalmente, contra la figura de Cromwell, quien fue tachado de engañador, astuto e hipócrita.

Como una forma más de combatir la política expansionista de los Austrias, Inglaterra incitó a muchos tratadistas flamencos y holandeses a que escribieran contra España. La presencia de los españoles en los Países Bajos y, sobre todo, los abusos y saqueos cometidos por los Tercios bajo el reinado de Felipe II, convirtieron a este monarca en el principal objetivo de numerosos folletos propagandísticos, entre los que destaca *La colmena de las santas abejas de la Iglesia Romana* (1596), de Marnix de Saint-Aldegonde. La contundencia con la que se trató de terminar con la

sublevación política y religiosa iniciada en 1566 en los Países Bajos, levantó una oleada de duras críticas, ya no sólo contra el rey español, sino también contra sus gobernadores y su ejército. El duque de Alba, gobernador de los Países Bajos y brazo ejecutor de la dura represión llevada a cabo contra los sublevados, fue llamado “perro de presa”, “tirano”, “chusma”, “marrano”, entre otros insultos (García Cárcel 1998: 34). Por extensión, el conjunto de los españoles tampoco quedaba exento de descalificativos, como puede apreciarse en la obra de Josepho Scaligero, *Scaligerana*, escrita en la segunda mitad el siglo XVI, donde se les juzga de ignorantes y bárbaros. Junto con la monarquía de Felipe II, los holandeses, en especial los judíos, arremetieron severamente contra la Inquisición. En *Esperanza de Israel* (1650), el rabino de origen portugués Menasseh ben Israel (1987: 149-158), basándose en el último canto del Deuteronomio, donde se dice que Jesús vengará la sangre de su pueblo derramada, interpretó las desgracias sufridas por los gobernantes españoles como un castigo divino por haber atentado contra la comunidad judía; de este modo, la muerte del príncipe heredero Baltasar Carlos en 1632, habría que atribuirla al proceso seguido en España contra diecinueve judaizantes, seis de los cuales fueron quemados en el auto de fe celebrado en Madrid el 4 de julio de aquel mismo año y que contó con la presencia del monarca.

### 3. *Conclusiones*

El estudio del imaginario británico en relación con España constituye un claro ejemplo de cómo es en las relaciones de poder donde se origina en no pocas ocasiones de un pueblo o una cultura dadas. Inferior militarmente a la monarquía de los Austria, Inglaterra recurrió a un arma que podría resultar más devastadora que aquellas otras empleadas en los campos de batalla; la propaganda. Ésta, sirviéndose de libelos, tratados y obras literarias, entre otros documentos,

constituyó el caldo de cultivo de una serie de estereotipos que devinieron en una hispanofobia que no atemperaría su ferocidad hasta el Romanticismo, cuando España ya no sería vista como un poder amenazante para los intereses británicos, sino como un rincón exótico donde el espíritu romántico podía dar rienda suelta a sus ensoñaciones, lejos de las cada vez más anodinas sociedades burguesas europeas. Al mismo tiempo, resulta llamativo observar cómo la pluma de diversos autores y tratadistas españoles contribuyó de manera inconsciente a alentar la hispanofobia europea en general, e inglesa en particular, si bien por razones distintas; así, mientras en el caso británico, la (hetero) imagen es el resultado de escritos propagandísticos que tenían por objetivo desprestigiar la monarquía hispánica como estrategia para desgastar su poder y autoridad, en el español la (auto) imagen responde más bien a un deseo de reforma de la política exterior y económica de la corona.

### ***Bibliografía***

- Beller, Manfred y Leersen, Joed (Eds.). *Imagology. The cultural construction and literary representations of national characters. A critical survey*. Amsterdam: Rodopi, 2007. Impreso.
- Ben Israel, Menasseh. *Esperanza de Israel*. Madrid: Hiparión, 1987. Impreso.
- Cervantes, Miguel de. *Novelas ejemplares*. Madrid: Cátedra, 1981. Impreso.
- Dadson, Trevor J. "La imagen de España en Inglaterra en los siglos XVI y XVII". *Imágenes de España en culturas y literaturas europeas (siglos XVI-XVII)*, José M. López de Abiada y Augusta López Bernasocchi (eds.). 127-175, 2004. Impreso.
- Dekker, Thomas. *The Famous History of Sir Thomas Wyatt*. Cambridge: C.U.P., 1953. Impreso.

- García Cárcel, Ricardo. *La Leyenda Negra. Historia y opinión*. Madrid: Alianza, 1998. Impreso.
- Gómez-Centurión, Carlos. *La Invencible y la empresa de Inglaterra*, Madrid: Nerea, 1988. Impreso.
- Jonson, B. *The Alchemist*, Oxford: O.U.P., 1995. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *The New Inn*, York: Methuen Publishing, 1987. Impreso.
- León, Fray Luis de. *Los nombres de Cristo*. Madrid: PML Ediciones, 1994. Impreso.
- Núñez Florencio, Rafael. *Sol y sangre*. Madrid: Espasa-Calpe, 2001. Impreso.
- Pérez, Antonio. *Relaciones*, Madrid: Turner, 1986. Impreso.
- Strayer, Joseph. *Sobre los orígenes medievales del Estado moderno*. Barcelona: Ariel, 1981. Impreso.